

Presentación

Dossier “Clase social y territorio”

María Mercedes Di Virgilio

Doctora en Ciencias Sociales, Investigadora del Instituto Gino Germani,
Universidad de Buenos Aires, CONICET
mercedes.divirgilio@gmail.com

Mariana Heredia

Doctora en sociología de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales
de Paris (EHESS). CONICET en IDAES-UNSAM,
mariana.heredia@conicet.gov.ar

Es ampliamente conocido que, en las últimas décadas, la sociología se ha visto fuertemente impactada por el llamado *giro cultural*. No solo la cultura devino en un área relevante en materia de investigación sino que algunos de los debates centrales de la disciplina intentaron dar cuenta de la dimensión cultural de los procesos económicos, sociales y políticos (Devine y Savage, 2005). En este marco, la sociología de la estratificación social y de las clases sociales perdió el protagonismo que había adquirido hasta entrada la década de 1970. Sin embargo y aún en este contexto, algunos investigadores se atrevieron a rescatar esta cuestión del arcón de las cosas perdidas, perseverando en una temática tan cara para la tradición sociológica clásica.

Uno de los aportes más interesantes que se produjo en este ejercicio colectivo de reflexión e indagación --tanto a nivel internacional como nacional-- fue que “la vuelta a las clases” supuso un intento de revisión y complejización de su tratamiento. Si se consideran los estudios que indagan las relaciones entre clase social y género, clase social y generaciones, clase social y territorio, etc. resulta claro que lo que hemos sacado del arcón es algo distinto y si se quiere *más elaborado* que aquello que le dio origen. Es en este contexto que asumimos el desafío de revisitarse la cuestión de las clases sociales en el dossier de una revista de estudios urbanos como es QUID 16, incorporando en su agenda un “tema controvertido, esquivado por muchos y a veces, livianamente tratado por otros” (Borón, 2011). Obviamente, no es posible soslayar que resulta una empresa difícil generar diálogos consistentes entre la sociología de las clases sociales y los estudios urbanos; sin embargo, la sociología en sí misma no tendría sentido si no nos planteara estos desafíos.

Cuando empezamos a tirar del ovillo, observamos que probablemente sea la noción de *espacio* una de las que más claramente nos permita pensar en las relaciones entre clases sociales y territorio. *Espacio* remite al *espacio físico* y concomitantemente alude al *espacio social*. La categoría *espacio* alude tanto a *sedes o localizaciones espacio-temporales precisas* (Giddens, 1995) --estados, ciudades, barrios, calles, viviendas-- en las que están situados los agentes y los objetos y que operan como contextos de interacción;¹ como al *espacio social* en el que los grupos sociales (y las cosas de las que éstos se apropian) se constituyen como tales.

¹ Ya sea como *localización* o, desde un punto de vista relacional, como *posición* (Bourdieu, 2000).

Si bien es posible distinguir analíticamente ambas dimensiones de la espacialidad – *espacio físico* y *espacio social*–, las mismas están fuertemente imbricadas en nuestra experiencia social. De modo tal que “el espacio social reificado (es decir físicamente realizado u objetivado) se presenta [...] como la distribución en el espacio físico de diferentes especies de bienes y servicios y también de agentes individuales o grupos localizados físicamente [...] y provistos de oportunidades, más o menos efectivas, de apropiación de esos bienes y servicios (en función de su capital y también de la distancia física con respecto a esos bienes, que depende a su vez del mismo capital). En la relación entre la distribución de los agentes y la distribución de los bienes en el espacio se define el valor de las diferentes regiones del espacio social reificado” (Bourdieu, 2000:120).

Resulta evidente, entonces, que la posición que los agentes ocupan en el espacio social no es en absoluto independiente de su localización y posición en el espacio físico. Y viceversa. De este modo, localización y posición de los agentes en el espacio físico no pueden pensarse como meros *contornos de la acción* (Giddens, 1995), sino como dimensiones constitutivas de la misma.

Es en este marco en el que surge el interés del dossier por indagar las relaciones entre la clase social y el territorio. Las clases sociales operan como un sistema de clasificación que permite establecer diferencias entre grupos sociales en términos de la dotación de recursos (materiales, de poder, simbólicos, etc.) y de la capacidad de controlar dichos recursos generando una inserción (posición) desigual en la estructura económico-social. De este modo, la estructura de clases puede entenderse como una estructura de distribución (desigual) de oportunidades (Dalle, 2012; Filgueira, 2001) que varía temporal y espacialmente. De hecho, desde el punto de vista espacial, las características del entorno y su localización condicionan las probabilidades de acceso a bienes, a servicios y al desempeño de actividades, introduciendo variaciones en el acceso *oportunidades*² de quienes lo habitan (Di Virgilio, 2011).³

En pos de avanzar en la comprensión de la relación que existe entre la localización de los grupos sociales en el espacio urbano y la posición que ocupan en la estructura de clases, convocamos a un conjunto diverso de especialistas que desde la historia, el urbanismo, la sociología, la antropología y los estudios culturales ha contribuido a repensar los espacios sociales y geográficos en distintos momentos y regiones. La intención de estas líneas es ubicar estos análisis en la problemática mayor que los contiene y que reviste sin duda un gran interés y una gran vitalidad.

² Oportunidad en términos generales se define como una situación o condición propicia para la satisfacción de un objetivo u objetivos. El contexto barrial es un factor determinante en la producción de las situaciones y/o condiciones que mejoran las posibilidades de alcanzar dichos objetivos. En el contexto de las ciudades metropolitanas, los barrios definen las *oportunidades para el acceso a bienes y recursos*. Los barrios a menudo determinan el acceso a oportunidades críticas necesarias para la sobrevivencia tales como escuelas, empleo, vivienda, seguridad, atención de la salud, etc. (Powell, Reece y Gambhir, 2007).

³ Galster y Killen (1995) sugieren que la vida de las personas puede cambiar profundamente si ellos se mudan a barrios que ofrecen nuevas oportunidades. Sugieren que la geografía del entorno barrial influye sobre las redes sociales y los contextos normativos, mostrando cómo estas relaciones se hacen especialmente evidentes en el acceso a la educación y al mercado de trabajo, entre otros.

La relación entre clases social y territorio en la tradición sociológica

No es posible soslayar que, desde hace ya mucho tiempo, la literatura sociológica ha intentado esclarecer la relación existente entre la posición de los agentes en la estructura de clases y su inscripción en el territorio. En la tradición de los estudios urbanos, esta pregunta ha sido abordada por los teóricos de la Escuela de Chicago, quienes, con base en la hipótesis de las *zonas concéntricas* de Park y Burgess, construyeron numerosos modelos acerca de la ubicación de los distintos grupos sociales en el territorio, su relación con los usos del suelo y con el funcionamiento de la ciudad.

En la diálogo con los análisis sobre los flujos migratorios hacia las grandes metrópolis, los estudiosos del gueto negro norteamericano (entre ellos Wirth)⁴ también se interrogaron frecuentemente sobre las relaciones entre posición social, etnicidad y localización en el espacio urbano; en particular cabe citar el estudio clásico de Karl y Alma Tauber (1965), quienes a mediados de los años '60 comprobaron el dramático aumento del índice de segregación residencial en las ciudades norteamericanas. El índice construido por los Tauber se denominó índice de disimilitud (*index of dissimilarity*) y puso de manifiesto la proporción en la cual se encuentra heterogeneidad étnica y social en las distintas áreas de la ciudad. Rex y Moore (1967), en una investigación pionera desarrollada en el Reino Unido, avanzan en el análisis del rol del mercado de la vivienda en la estratificación social. A partir de relacionar el *hábitat* con las *chances de vida*, y en correspondencia con el tema de este dossier, los autores vincularon estrechamente la sociología urbana con la estratificación social.

Durante los años '90, las características de la urbanización posfordista contribuyeron a reavivar el debate, vinculándolo con los cambios en la estructura económica y en el mercado de trabajo. El abordaje de la relación entre posición en la estructura social y en el espacio urbano se complejizó siguiendo las diversas particularidades del proceso de urbanización en las distintas latitudes y áreas metropolitanas. En este contexto, lejos de encontrarse respuestas acabadas, la pregunta se fue reactualizado en la medida en que se hacían más evidentes las expresiones y las inscripciones que las persistentes desigualdades imprimían en el espacio urbano.⁵

Así, aún cuando las respuestas no sean ni exhaustivas ni congruentes, la multiplicidad de perspectivas y los diferentes contextos han ido confirmado la hipótesis liminal de una *división social del espacio* en la ciudad. Sobre esta base común, las categorías analíticas usadas para dar cuenta de este fenómeno son múltiples, tanto como lo son los paradigmas dominantes en la investigación social. Durante los años '70, una de las aproximaciones que contribuyó a pensar la especificidad de la división social del espacio urbano en América Latina fue la tesis

⁴ Louis Wirth (1897-1952), tributario de la Escuela de Chicago, publica ya en 1928 su libro *The Ghetto*.

⁵ Para el caso de las ciudades de América Latina, véase Queiroz Ribeiro, 1996; Valladares, 1998; Auyero, 2001; Katzman, 2001; Prevot Sachpira, 2001; Sabatini, 2003; Schteingart, 2002; Wacquant, 2001; entre otros

de la masa marginal. A propósito de ella, Nun (2001) plantea que uno de los objetivos de esta perspectiva era precisamente llamar la atención acerca de los modos en que incidía sobre la integración del sistema la necesidad de afuncionalizar los excedentes de población para evitar que se volvieran disfuncionales (es decir que pusieran en cuestión al propio sistema), dando lugar a mecanismos de dualización y de segregación. Desde esta perspectiva, los guetos urbanos eran un ejemplo (y un resultado) de esta estrategia.

La perspectiva marxista de los años '70 proponía pensar la división social del espacio como un fenómeno ligado a la estructura de clases de la sociedad, mediada por la lógica capitalista de estructuración del espacio y particularmente por la renta del suelo. Más recientemente, cuando la lucha contra la pobreza se volvió una estrategia prioritaria en la región, la noción de *pobreza* se impuso como una categoría destacada en la investigación referida a la división social del espacio, desplazando la histórica atención reclamada por el proletariado industrial. De este modo, las fuertes transformaciones que se observaron desde los años '80 y que inauguraron las reflexiones sobre la crisis de las metrópolis (Prévôt Scahpira, 2001), interpelaron las conceptualizaciones sobre la pobreza urbana y dieron lugar a renovados planteos.⁶

Ahora bien, si la relación entre la posición en espacio social y espacio físico ha sido documentada y extensamente estudiada, varios autores han alertado sobre el riesgo de establecer una superposición sin matices ni mediaciones. Por un lado, tal como advierte Duhau (2003), cuando se habla de división social del espacio “suele hacerse referencia indistintamente a la división social del espacio, la segregación urbana, la segregación residencial y la segregación social para referirse al mismo fenómeno”. Sin embargo, estos procesos no parecen ser equivalentes. Por otro lado, si bien, como plantea Bourdieu (2000:120), “el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social”⁷, el primero retraduce el espacio social “siempre de manera más o menos turbia: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes o servicios, privados y públicos. La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en el que está situado (aquel a quien se caracteriza como “sin casa ni hogar” o “sin domicilio fijo” no tiene -- prácticamente -- existencia social), y por la posición relativa que sus localizaciones temporarias [...] y permanentes (domicilio privado y domicilio profesional) que ocupan con respecto a las localizaciones de los otros agentes”. Es decir, no es posible plantear una equivalencia mecánica entre posición de los agentes en el espacio social y en el espacio físico.

⁶ En este marco, algunos autores comienzan a plantear la diferencia entre *pobreza de la ciudad* y *pobreza en la ciudad*, con la intención de recuperar la totalidad y superar una mirada centrada exclusivamente en las capacidades de consumo de las familias (Herzer, 1992 y Herzer y Di Virgilio, 1996).

⁷ “En una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el efecto de naturalización que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural” (Bourdieu, 2000: 120).

En suma, la localización de los diferentes grupos de clase en el territorio no puede leerse como un simple reflejo de las diferencias sociales (Sabatini, 2003). Si bien los fenómenos de segregación urbana,⁸ ampliamente documentados por la bibliografía, ponen en evidencia que los grupos que pertenecen genéricamente a un mismo sector social tienden a concentrarse espacialmente, no es posible ignorar la diversidad y la heterogeneidad que existe tanto en los *barrios de alta renta* como en los barrios de sectores populares (Di Virgilio, 2003) y con ellas la imposibilidad de hacer intercambiables las definiciones espaciales y funcionales de la estratificación. Muy habitualmente, tal como señalan Sabatini, Cáceres y Cerda (2001),⁹ se confunde el reflejo de las desigualdades sociales en los niveles de vida urbana o en los estándares habitacionales, con la relación, más compleja, que existe entre desigualdades sociales y segregación urbana.

Entenderemos aquí “como división social del espacio las diferencias existentes en la localización intraurbana o intrametropolitana de diferentes grupos, estratos o clases sociales, relacionadas fundamentalmente con el mercado inmobiliario, es decir, el costo de la vivienda y los costos derivados de habitar en áreas específicas, pero que no son el producto de la exclusión forzada, o explícitamente buscada, de grupos sociales determinados [...] Prácticamente en todas las ciudades existen formas ostensibles de división social del espacio, pero su lógica y sus efectos son diferentes según la escala y las modalidades en que tal división se manifiesta. Un distrito urbano, por ejemplo, un barrio [...] no dividido o poco dividido socialmente, es aquel en el que habitan estratos o clases ubicados en una franja relativamente amplia de la estructura social: desde grupos populares hasta sectores de altos ingresos. Un barrio, fraccionamiento o conjunto habitacional altamente diferenciado socialmente es aquel que alberga una población de extracción social homogénea. [En este sentido, si bien la división social del espacio] “tiene como componente fundamental la característica de ser la expresión espacial de la estructura de clases o de la estratificación social [...] no se refiere exclusivamente a ella” (Duhau, 2003:179).

Es la capacidad diferencial de apropiación del espacio urbano, de los servicios y equipamientos públicos y el aprovechamiento de las externalidades urbanas lo que permite explicar que distintos grupos sociales a partir de su capacidad económica traten de localizarse en áreas de valoración social positiva, mientras que los grupos que cuentan con menos recursos se localicen en áreas del mercado con menor

⁸ Los procesos de segregación urbana se consolidan cuando la división social del espacio está acompañada, señala Merlín (1998:61), de medidas coercitivas. Duhau (2003) agrega que no sólo es posible considerar “la coerción propiamente dicha, sino las políticas o prácticas de exclusión de grupos determinados respecto de espacios específicos constituyen sin duda segregación urbana [y/] o social”.

⁹ El autor ha identificado diferentes dimensiones del concepto segregación: “En términos simples, segregación espacial o residencial es la aglomeración geográfica de familias de una misma condición o categoría social, como sea que se defina esta última, social o racialmente o de otra forma. En términos más complejos, podemos diferenciar tres dimensiones principales de la segregación: (a) la tendencia de un grupo a concentrarse en algunas áreas; (b) la conformación de áreas socialmente homogéneas; y (c) la percepción subjetiva que tiene la gente de las dimensiones objetivas de la segregación” (Sabatini, 1999:3). En este marco, para que haya segregación territorial, las disparidades en el conjunto deben tener una expresión espacial, es decir, grupos de población distintos habrán de tener localizaciones diferentes.

valor o se apropien de la tierra a partir de estrategias habitacionales que operan por fuera de la lógica del mercado inmobiliario formal (Di Virgilio, 2007). Así, las *estrategias* de localización de las familias en el espacio urbano contribuyen a configurar los procesos de diferenciación social y espacial.

De este modo, la capacidad (o no) de apropiarse del espacio físico profundiza las divisiones que derivan de la posición que ocupan los hogares (y sus miembros) en el mercado de trabajo. Saunders (1982)¹⁰, sostiene al respecto que, en contextos de crisis del Estado de Bienestar, los alineamientos (*alignments*) asociados a los *estilos de vida* pueden reemplazar a aquellos vinculados con posiciones disímiles en la producción. El acceso al hábitat constituye uno de los aspectos más importantes que definen la diferencia entre distintos grupos sociales. Especialmente cuando se tiene en cuenta la capacidad de acumulación asociada a la propiedad de la vivienda y el significado de la propiedad privada como fuente de identidad personal, de calidad de vida y de seguridad en el mediano plazo.

La relación entre clases y territorio en clave histórica y transdisciplinaria

Los estudios actuales sobre la relación entre clase y territorio no solo se inscriben en las coordenadas de la tradición sociológica sino que pueden nutrirse del aporte de otras ciencias sociales. Del mismo modo en que la sociología urbana y el estudio de las clases sociales se han revitalizado al procesar los desafíos planteados por el giro cultural y la crisis del estructuralismo, los aportes de otras disciplinas pueden contribuir a clarificar y resolver la creciente dificultad experimentada por la sociología en sus intentos de delimitación de “la” sociedad. En efecto, como lo revelan los estudios demográficos, políticos y económicos, ciertos procesos conspiran contra una delimitación “de suyo” de la estructura social y el territorio (en sus diferentes escalas). Más que asumir que se trata de dos unidades discretas, homogéneas y superpuestas, el estudio del vínculo entre clases y territorio invita a reconsiderar explícitamente la geometría de los objetos analizados.

Los estudios históricos y demográficos nos recuerdan, en primer lugar, que la heterogénea ocupación del territorio ha sido una constante en diversos países y en particular de la Argentina. A principios del siglo XIX, según Maeder (1980:559), el 52% de los habitantes de lo que sería más tarde el territorio nacional se concentraba en el centro y el nooeste. Los flujos migratorios desplazarían la primacía hacia el litoral y la pampa, manteniendo no obstante una alta concentración poblacional: el 64,3% de los residentes se ubicaba hacia 1914 en esa región. Paralelamente, a lo largo del siglo XIX, la Patagonia y el Cuyo apenas alcanzaban, y en los tiempos más remotos, al 11% de la población. Así la temprana urbanización que conoció la Argentina y la macrocefalia de su capital se inscriben en una persistente heterogeneidad en la ocupación del territorio, solo atenuada en las últimas décadas por el crecimiento de los conglomerados intermedios, incluso en regiones históricamente poco pobladas (Vapñapsky, 1995).

Compartida por otros países, esta primera constatación supone atender a las mediaciones entre sociedad y nación, entre población y territorio, explicitando los principios de generalización que animan el estudio de la estructura social y las

¹⁰ Citado en Winter y Stone, 1998.

diferencias que los mismos visibilizan. Si los clásicos de la estratificación alertaron tempranamente sobre el descalce entre la estructura social nacional y las estructuras sociales regionales (Barber, 1991), tanto más ha de considerarse este recaudo en países como el nuestro en donde la experiencia de clase difiere profundamente según se trate de los barrios de emergencia de las grandes metrópolis, los pueblos cerealeros de la pampa, las poblaciones dispersas del nordeste. Como han demostrado Steimberg, Cetrángolo y Gallo (2011), el acceso a servicios públicos pero también al mercado de bienes provistos por agentes privados, la distancia y la interacción entre grupos socio-económicos distintos no es la misma según la escala geográfica y poblacional.

Esta característica enlaza preocupaciones planteadas por la ciencia política. Las desigualdades sociales y territoriales son, en efecto, indisociables de los procesos políticos y estatales que, con su intervención, las refuerzan o las atenúan. En esta línea, los estudios políticos subrayan, para la Argentina, que la construcción de la nación ha supuesto, desde las guerras de independencia, el armado de un mosaico complejo de alianzas y antagonismos interregionales. En este proceso, se destacan ciertos períodos que fortalecieron la autoridad central y sus principios de estandarización y otros que reforzaron a las autoridades provinciales y la profundización de las diferencias subnacionales. Los estudios liminares de historiadores políticos como Botana (1986) o Halperín Donghi (2005) contribuyeron a subrayar cómo, durante la consolidación del Estado nación, los conflictos y las alianzas regionales de base territorial jugaron un rol central en la contención y al mismo tiempo la atenuación de las diversidades regionales. Aunque las políticas populistas y desarrollistas hayan focalizado ciertas prerrogativas en las autoridades centrales, ninguna administración ha podido soslayar los desafíos de gobernar un territorio tan heterogéneo en términos de población y recursos. En este sentido, aunque la atención en las figuras nacionales haya eclipsado, con algunas excepciones (Macor y Tcach, 2003), la consideración de las relaciones entre los gobernadores y la presidencia, ni el peronismo ni las otras fuerzas políticas han estado exentas del imperativo de componer compromisos con el nivel subnacional. Esta dimensión analítica ha cobrado particular importancia en las últimas décadas. En oposición a las políticas de concentración y estandarización de la fundación del Estado nación, y de aquellas lanzadas en los años 1950 y 1960, las reformas neoliberales y la descentralización de funciones estatales a las provincias (Oszlak, 2003) han llevado a cuestionar el carácter “nacional” de la estratificación social invitándonos a considerar no sólo las diferencias entre las zonas rurales y urbanas sino también las particularidades de los diversos estados provinciales.

De este modo, en la medida en que la representación política y las conquistas ciudadanas constituyen una dimensión fundamental de las desigualdades, los contornos geográficos de “la” sociedad requieren ser analizados tomando en cuenta, como apuntó oportunamente O'Donnell (1992), la naturaleza y la cobertura territorial de la presencia estatal. En los últimos años, a los diversos niveles de cobertura ha de agregarse la diversidad de niveles que componen hoy, tras la descentralización de muchas de sus funciones, al fenómeno estatal. En efecto, en la Argentina, la dimensión territorial de las desigualdades sociales ha ido cobrando una importancia creciente en los análisis sobre la estratificación de los derechos y el bienestar (Manzanal, 2000; Rivas, 2004). Una prolífica producción

sobre federalismo fiscal (Cetrángolo y Jiménez, 2004; Gibson y Calvo, 2000) ha contribuido, en paralelo, a subrayar los dilemas distributivos que tensionan a las elites centrales y subnacionales, pero sobre todo a estas últimas entre sí.

Finalmente, los estudios económicos sobre la producción y la distribución de la riqueza aportan elementos a la hora de considerar las relaciones entre desigualdades sociales y territorio. Según las actividades económicas y su inserción en el mercado mundial, es posible observar desajustes entre las estructuras productivas predominantes y la estructura social. En el caso argentino, una persistente tensión opuso a los propietarios y gestores del recurso más productivo del país (las tierras de la pampa húmeda) y a los principales protagonistas de la beligerancia social (los trabajadores urbanos). En una tesis que se tornaría clásica, los estudiosos de la Argentina decimonónica subrayaron que la tensión distributiva fundamental no enfrentaba a empresarios y trabajadores industriales sino a propietarios de grandes extensiones de tierras y obreros industriales. La copresencia de los “sujetos sociales” en conflicto, presupuesta por el marxismo europeo, era así cuestionada por las características del capitalismo argentino, donde podía observarse cierto desencuentro entre el escenario de la producción y el de la conflictividad y la redistribución de la riqueza (Braun, 1975). Llamada a profundizar la integración del territorio y la población, la industrialización no hizo sino consolidar este rasgo: el desembarco de las grandes empresas transnacionales a partir de los años 1960 agudizó el descalce entre las cadenas productivas más dinámicas (cuyos propietarios y directores residían en el extranjero) y la sociedad nacional (O'Donnell, 1972; Portantiero, 1977). Los estudios urbanos se hicieron eco de estas conclusiones al identificar en las poblaciones urbanas marginales los excedentes de mano de obra expulsados hacia las ciudades por las actividades primarias e incapaces de ser absorbidos por la gran industria (Coraggio, 1990).

Con la globalización y la creciente integración económica a nivel mundial, este atributo, lejos de ser una singularidad del capitalismo argentino o latinoamericano, se ha consolidado como una característica de nuestro tiempo. Más allá de las desigualdades que estructuran la vida cotidiana de las distintas unidades territoriales y que son, por tanto, relativamente accesibles a la observación de sus protagonistas, la organización de la producción ha propiciado el distanciamiento territorial entre las clases y cierta invisibilización de las diferencias. Mientras los cuerpos dirigentes de las grandes corporaciones se ubican en las grandes metropolis del norte, las actividades productivas se ha ido desplazando y dispersando hacia el sur (Bauman, 2010).

En suma, los estudios sobre la globalización de las actividades económicas coinciden con las conclusiones alcanzadas por la demografía y la ciencia política en un llamado a problematizar nuestras unidades de análisis y observación. El seguimiento de los flujos y concentraciones poblacionales, de las integraciones y descentralizaciones políticas, de las cadenas productivas y las modalidades de distribución suponen analizar las relaciones sociales y territoriales de un modo que contemple pero también tensione las fronteras de los Estados-Nación. Como planteaban tempranamente Georg Simmel y Norbert Elías (Mongardini, 1995), lejos de ser un supuesto para los sociólogos, la sociedad se ha vuelto más bien el resultado de inestables cristalizaciones en las que confluyen fuerzas con temporalidades y espacialidades diversas.

El dossier y los distintos significados del vínculo entre territorio y clase social

Ahora bien, mencionadas las complejas relaciones entre sociedad y territorio, este dossier expresa la centralidad de las ciudades en el mundo contemporáneo y en las tradiciones disciplinarias aquí enlazadas. La absoluta mayoría de la población reside hoy en grandes aglomerados urbanos, habilitando a sus estudiosos a subrayar la relevancia cuando no la representatividad de sus análisis. No es entonces casual que tanto el estudio de la estratificación social como las indagaciones sobre el territorio coincidan a la hora de otorgar un lugar privilegiado a las ciudades y a los vínculos que estructuran. Valga, no obstante subrayar que las desigualdades interurbanas y aquellas que se producen y reproducen en la copresencia no agotan, de ningún modo, las desigualdades de nuestro tiempo. De a poco el encuentro entre la sociología rural y la sociología de la estratificación ha comenzado a llenar esta vacancia¹¹, de la cual este dossier todavía adolece.

Con especial foco en la experiencia citadina, nuestra intención ha sido apelar a la incorporación de la dimensión territorial en el análisis de las desigualdades sociales. Convocar a una perspectiva espacial en el análisis de la desigualdad y de las clases no se limita a añadir una variable más en la indagación. Obliga más bien a pensar al territorio, los barrios y las localizaciones particulares en la ciudad como *containers* de las prácticas, los comportamientos y las relaciones sociales, como *sets* de factores que dan forma a estructuras y a procesos sociales y como una *manifestación* de las relaciones y prácticas que definen, precisamente, ese conjunto particular de factores (Tickamyer; 2000:806). Desde esta perspectiva, los agentes y las estructuras sociales --entre ellas la estructura de clases-- son (a su vez) co productores de dichos *containers* al mismo tiempo que adquieren rasgos que les son propios y que están definidos por la singularidades de los lazos y relaciones sociales que se generan en diferentes territorios (Tilly, 1999).¹² Los trabajos que forman parte del dossier, aun con diferentes énfasis y estrategias metodológicas, intentan avanzar en esta dirección: la de la revitalización de ambas tradiciones y del vínculo entre ellas.

¹¹ Entre las investigaciones que han avanzado en este sentido: Gras y Bidaseca (2010), Giarracca y Teubal (2005).

¹² La villa, el asentamiento, el conventillo y el loteo son los distintos tipos de hábitat en los que se asientan los sectores de menores ingresos en el Área Metropolitana de Buenos Aires. En un trabajo que compara estas diferentes formas de habitar la ciudad, Merklen (1999) muestra cómo en estos espacios se configuran “distintos sujetos sociales [...] Unas veces la villa y el asentamiento comparten el mismo momento histórico; otras, aquélla es antecedente de éste. Otras, en la misma coyuntura están la villa y el loteo, y luego éste es antecedente del asentamiento [...] Similares determinantes estructurales han dado origen a la villa y al loteo, y [...] distintos determinantes sostienen a la villa en situaciones distintas [De este modo] Se toma como objeto de análisis a los barrios [...] para observar cómo se producen a sí mismos y a distintos sujetos sociales en múltiples contextos estructurales y en múltiples situaciones de pobreza”.

Territorios como vectores de integración y segmentación entre las clases

Una primera problemática central de las relaciones entre clase y territorio es la que supone que el espacio constituye un vector de integración y/o segmentación entre las clases. En esta perspectiva se inscriben las lecturas que se interesan en los diversos factores que contribuyen a cualificar, democratizar o segmentar los espacios donde se desarrolla la vida social. La sedimentación de largos procesos demográficos, las relaciones más o menos simétricas de equipamiento y explotación de los recursos humanos y naturales, las modalidades de agregación y representación política, la organización y reorganización de la producción y el trabajo, las diversas herramientas tecnológicas que median en las relaciones sociales y geográficas definen conjuntamente los principios de integración y segmentación de las poblaciones en el territorio.

En la medida en que la sedimentación de estos factores en el territorio supone inscripciones duraderas, la ubicación espacial se ha fortalecido como pivote de la inscripción de clase. Al tiempo que el trabajo, la educación y la familia cesaban de ser predictores eficaces de las disparidades de ingreso y de calidad de vida, la concentración geográfica de ciertos beneficios parece salir fortalecida. No es entonces fortuito que más que utilizar categorías socio-ocupacionales, muchos estudios opten por una delimitación geográfica como estrategia para circunscribir a ciertos grupos sociales: la asociación de las clases populares con las villas de emergencia o los asentamientos (Merklen, 1997) se ha correspondido con la homologación de los ricos a los *countries* y barrios cerrados (Svampa, 2001).

En este marco, una pregunta se ha afirmado en la agenda de investigación, a la hora de comprender y guiar las políticas públicas: *quién y cómo se apropia de la renta urbana generada por la acción del Estado y el colectivo social*. Frente a las oportunidades y constricciones que enfrentan, las intervenciones del estado en el territorio producen *marcas* en la vida cotidiana de las familias y en su hábitat en tanto que contribuyen a redefinir las *estructuras de oportunidades*. El acceso a las mismas se vincula, por un lado, con las características del segmento del mercado de tierras y con el tipo hábitat en el que las familias desarrollan su vida cotidiana y, por el otro, con las *condiciones de su localización* asociadas a formas diferenciales de acceso al suelo, a los servicios, a los equipamientos urbanos, a los lugares de trabajo, etc. De este modo, las *oportunidades asociadas a la localización* introducen importantes diferencias sociales entre los lugares de residencia y, también, entre sus habitantes constituyéndose -- de este modo -- en un factor crítico de estratificación socio espacial (Di Virgilio, 2011).

Pero las oportunidades diferenciales no se limitan a determinar las condiciones de vida de las familias y grupos sociales sino también al modo en que distintas disposiciones socio-espaciales propician o inhiben el encuentro entre miembros de distintas clases. En este sentido, la expansión de los servicios y espacios públicos suponen la democratización de ciertos derechos pero también el ensanchamiento de las posibilidades de interacción de distintos grupos en un mismo territorio. Los transportes públicos, los servicios educativos y sanitarios universales, los espacios de esparcimiento comunes propician el encuentro tanto como la privatización los segmenta en función de la capacidad adquisitiva y las preferencias del consumidor.

Lamont y Molnar (2002) proponen definir un conjunto de cualidades susceptibles de caracterizar a las fronteras sociales y simbólicas que pueden ser de utilidad

para el estudio de las relaciones entre clase y territorio. Por un lado, como sugieren Natalia Clelia Sunig y Paloma Zeiguer en su interés por las imágenes transmitidas en el cine, los autores enfatizan la importancia de las representaciones: el modo en que se expresan, en distintos soportes, los componentes y los límites de una determinada jurisdicción, en este caso del tejido urbano y sus habitantes. Por otro lado, los autores se interesan en el modo en que las fronteras simbólicas pueden cristalizar en dispositivos capaces de perpetuar esas separaciones. Proponen caracterizarlos a partir de cuatro atributos: su permeabilidad, duración, visibilidad y carácter determinante. En el primer caso, podría decirse que la existencia de transportes públicos ha hecho particularmente permeables las fronteras de las metrópolis argentinas, algo que contrasta con otros núcleos urbanos de más difícil acceso. La existencia del tendido ferroviario metropolitano y la masificación de la escuela pública han logrado asimismo que parte de las conquistas en términos de intergración de la primera mitad del siglo XX sobrevivieran y perduraran a pesar de la inestabilidad económica y el empobrecimiento de las últimas décadas del siglo XX. Paralelamente, la dispersión geográfica de las actividades industriales propiciada por la última dictadura militar así como la ausencia de los propietarios y principales dirigentes empresarios han erosionado ciertas condiciones que hacían visibles las desigualdades y movilizables los intereses de clase de los trabajadores. Finalmente, con la desregulación del mercado inmobiliario y de alquileres, los niveles adquisitivos son hoy mucho más determinantes que en el pasado para el acceso a una vivienda digna de modo perdurable.

Di Marco estudia, por ejemplo, el modo en que la aparición de los cartoneros y su participación en el tratamiento de la basura ha implicado nuevos vínculos de interacción con los habitantes de los distintos barrios, dando una visibilidad al fenómeno de la pobreza inexistente en otras urbes con poblaciones que, con niveles semejantes de privación, permanecen ajenas a la dinámica cotidiana de las zonas donde residen poblaciones de mayores ingresos.

Clases como vectores de transformación de las formas del territorio

El territorio no es una dimensión definida de una vez y para siempre, determinante última de las condiciones de vida y de interacción de las clases. Las transformaciones de los grupos sociales pueden impactar de manera determinante en la cualificación y la jerarquización del territorio.

Los procesos más conocidos y tratados en este dossier son los que, junto a la redefinición de la composición y el poder adquisitivo de los habitantes, operan modificaciones en las condiciones del territorio. En la medida en que el poblamiento y la integración del territorio han sido grandes desafíos de las políticas públicas en la Argentina existe una extensa tradición historiográfica en la materia que analiza el rol de los expertos y de ciertos proyectos modernizadores en la organización del tejido urbano. Estos trabajos subrayan el modo en que estas elites contribuyeron a la vez a construir al territorio y sus clases. Los estudios de Ballent (2009) sobre la construcción de Ciudad Evita o el análisis más reciente de Valeria Gruschetsky (2010) sobre el tendido de la Avenida General Paz dan cuenta de los conflictos y las alianzas que cristalizan luego de manera durable en el diseño de la infraestructura urbana.

La sociología y la antropología social se han concentrado en el estudio de la gentrificación y la pauperización como dos ejemplos extremos de esta relación entre clase y territorio. En un caso, como ocurre en muchos barrios de las grandes metrópolis, el arribo de habitantes con niveles de educación e ingresos más altos supone tanto el mejoramiento de las viviendas y los servicios como la exclusión de los residentes más pobres y con tenencias más informales. En el segundo, como se observa en los barrios obreros y los company-towns afectados por el cierre de las actividades económicas que los animaban, traduce el empobrecimiento de la población en la degradación de las unidades habitacionales individuales y de los espacios compartidos.

Ahora bien, como expresan las contribuciones a este dossier, estos procesos están lejos de ser una simple traducción territorial de las condiciones económicas de los habitantes. Por un lado, Peter Ward enfatiza no solo la relación entre segregación urbana e informalidad sino también el carácter relacional de estos procesos. Sobre la base del estudio de la ciudad de México relaciona la persistencia de las desigualdades en las ciudades latinoamericanas con la fuga de las familias más afortunadas hacia comunidades cerradas. Centradas en la etnografía de un barrio de clase media baja, Marie Cartier, Isabelle Coutant, Olivier Mascle y Yasmine Siblot ilustran que las transformaciones socio-ocupacionales de los habitantes son indisociables de la reorientación de las políticas públicas y la recomposición socio-demográfica de los vecinos. La suerte compartida de los habitantes y sus barrios es el resultado de un conjunto diverso de procesos. Por otro lado, como subrayan María Cristina Cravino y María Lara González Carvajal, la dinámica asociativa y política puede contribuir a contrarrestar y revertir muchos procesos de exclusión, participando de la definición de los procesos de reurbanización de antiguos asentamientos precarios. Esto no solo se observa en el caso de iniciativas de integración y promoción de las condiciones de vida de los habitantes. Incluso en contextos muy adversos como el de la última dictadura militar, las protestas de los vecinos pueden, como lo muestra Valeria Laura Snitcofsky, impedir el cercenamiento de derechos. Pero el dossier no solo expresa las potencialidades transformadoras de la asociatividad vecinal y sus conquistas en el mejoramiento del hábitat. El sugestivo artículo de Nicolás Dino Ferme evidencia, a través del estudio de un Polideportivo en un barrio periférico, las dificultades de la organización de un consorcio y la degradación de la infraestructura resultante de estas desavenencias.

Como una de las tantas tentativas de federación de esta producción, QUID 16 ha intentado acercar estas producciones con la esperanza de que sigan avanzando en un diálogo colectivo que propicie un mejor entendimiento de las clases, los territorios y los vínculos establecidos entre ellos. Las numerosas propuestas que respondieron positivamente a la convocatoria de este dossier dan cuenta de la relevancia y el dinamismo de este campo de estudio y algunas de las contribuciones recibidas nutrirán próximos números de la revista. El trabajo de selección y ajuste de los artículos solo fue posible gracias a la generosa y constructiva colaboración de numerosos evaluadores y a la sólida asistencia del comité editorial. El diálogo entre las distintas propuestas se enriqueció asimismo con las palabras de dos especialistas en el tema de renombre internacional. A todos los que permitieron la concreción de este proyecto y que asegurarán la

continuidad en el tiempo de estas inquietudes, nuestro más sincero agradecimiento.

Referencias

AUYERO, Javier (2001): "Introducción. Claves para pensar la marginación", en Wacquant, Loic, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

BALLENT, Anahi (2009): *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, UNQui/Prometeo.

BARBER, Bernard (1991), *Estratificación social*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

BAUMAN, Zygmunt (2010): *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BORÓN, Atilio (2011): "Prologo", en Sautu, Ruth, *El análisis de las clases sociales: teorías y metodología*, Buenos Aires: Ediciones Luxemburgo.

BOTANA, Natalio (1986): *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamérica

BOURDIEU, Piere (2000): "Efectos de lugar", en Bourdieu, Piere (Director): *La miseria del mundo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BRAUN, Oscar (1975): "Desarrollo del capital monopolista en la Argentina", en Braun, Oscar (comp.): *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Cetrángolo, Oscar y Juan Pablo, Jiménez (2004): "Las relaciones entre niveles de gobierno en Argentina", *Revista de la CEPAL* (84), 117-134.

CORAGGIO, José Luis (1990): "Introducción", en Coraggio, José Luis (ed.): *La investigación urbana en América Latina*, vol. 3: Las ideas y su contexto, Quito: Cuidad, Centro de Investigaciones.

DALLE, Pablo (2012): "Clases sociales, estratificación y movilidad en las sociedades latinoamericanas del siglo XXI. El cambio social en cuestión", en *Revista de la Carrera de Sociología. Entramados y Perspectivas*, (2), 9-13.

DEVINE, Fiona y SAVAGE, Mike (2005): "The cultural turn, Sociology and class analysis", en Devine, Fiona; Savage, Mile; Scott, John y Crompton, Rosmary (Eds.): *Rethinking class. Culture, identities & lifestyle*, New York: Palgrave Macmillan.

DI VIRGILIO, María Mercedes (2003): *Hábitat y salud: Estrategias de las familias pobres*. Buenos Aires: Lumiere.

----- (2007): "Trayectorias residenciales y estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios en Buenos Aires". Tesis para acceder al título de Doctora en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Mimeo.

----- (2011): "Producción de la pobreza y políticas sociales. Encuentros y desencuentros en urbanizaciones populares del Área

Metropolitana de Buenos Aires”, en Arzate Salgado, Jorge, Gutierrez, Alicia y Huaman, Josefina (Coord.): *Reproducción de la pobreza en América Latina. Relaciones sociales, poder y estructura económica*, Buenos Aires: CLACSO.

DUHAU, Emilio (2003): “División social del espacio metropolitano y movilidad residencial”, en *Papeles de Población* (36), 161-210. México: Universidad Autónoma de México.

FILGUEIRA, Carlos (2001): *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL, División de Desarrollo Social.

GALSTER, George y KILLEN, Sean (1995): “The Geography of Metropolitan Opportunity: A Reconnaissance and Conceptual Framework”. *Housing Policy Debate* 6 (1), 7-43.

GIARRACCA, Norma y Miguel TEUBAL (eds.) (2005): *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad*, Buenos Aires, Alianza.

GIBSON, Edward y Ernesto CALVO (2000): “Federalism and low-maintenance constituencies: Territorial dimensions of economic reform in Argentina”, *Studies in Comparative International Development* (SCID) 35 (3), 32-55.

GIDDENS, Antony (1995): *La construcción de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

GRAS, Carla y Karina BIDASECA (dir.): *El mundo chacarero en tiempos de cambio. Herencia, territorio e identidad en los pueblos sojeros*, Buenos Aires, Ciccus.

GRUSCHETSKY, Valeria (2010): “Una aproximación a la acción estatal a través de su producción material. El proyecto de la Avenida General Paz (Buenos Aires, 1887-1941)” *Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política* 3 (6), septiembre 2010.

HALPERIN DONGHI, Tulio (2005): *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires: Siglo XXI.

HERZER, Hilda (1992): "Ajuste, medio ambiente e investigación. A propósito de la ciudad de Buenos Aires", en *Hábitat y Cambio social*. El Salvador: FUNDASAL.

HERZER, Hilda y DI VIRGILIO, María Mercedes (1996): "Buenos Aires: Pobreza e inundación", en *Revista EURE, Revista de Estudios Urbanos y Regionales* (67), 65-80. Santiago de Chile: Instituto de Estudios urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile.

KAZTMAN, Ruben (2001): “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”, en *Revista de la CEPAL* (75), 171-189. Santiago de Chile.

LAMONT, Michèle y Virág MOLMÁR (2002) “The study of boundaries in the social sciences”, *Annual review of Sociology*, n° 28, pp. 167-195.

MACOR, Darío y César TCHACH (2003): *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

MAEDER, Ernesto (1980): "Población e inmigración en la Argentina entre 1880 y 1910", Ferrari, Gustavo y Ezequiel, Gallo (eds.): *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires: Sudamericana.

MANZANAL, Mabel (2000): "Neoliberalismo y territorio en la Argentina de fin de siglo", *Economía, sociedad y Territorio* 2 (7), 433-458.

MERKLEN, Denis (1997): "Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio; entre las condiciones y las prácticas", *Sociedad* (11), 21-64.

----- (1999): "La cuestión social al sur desde la perspectiva de la integración. Políticas sociales y acción colectiva en los barrios marginales del Río de la Plata". Documento 20, Centro de Documentación en Políticas Sociales. Buenos Aires.

MONGARDINI, C. (1995): "L'idée de société chez Georg Simmel et Norbert Elias", dossier spécial, *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. 99, jul.-dec.

NUN, José (2001): *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

O'DONNELL, Guillermo (1972): *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires: Paidós.

----- (1992): "¿Democracia delegativa?", *Cuadernos del CLAEH* (61), 5-20.

OSZLAK, Oscar (2003): "El mito del Estado mínimo: Una década de reforma estatal en la Argentina", en *Desarrollo Económico* 42 (168), 519-543.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1977): "Economía y política en la crisis argentina", en *Revista Mexicana de Sociología* 39 (2), 531-565.

POWELL, John; REECE, Jason y GAMBHIR, Samir (2007): *The Geography of Opportunity. Austin Region*, Columbus: Kirwan Institute for the Study of Race and Ethnicity, The Ohio State University.

PRÉVÔT-SCHAPIRA, Marie-France (2001): "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades", en *Perfiles latinoamericanos* 10 (19), 33-56. México: FLACSO

QUEIROZ RIBEIRO, Cesar (1996): "Río de Janeiro: ¿ejemplo de metropole partida e sem rumbo?". *Novos Estudos* (45), 167-182. CEBRAP.

REX, John y MOORE, Robert (1967): "*Race, Community and Conflict: A Study of Sparkbrook*", Oxford: Oxford University Press.

RIVAS, Axel (2004), *Gobernar la educación. Estudio comparativo sobre el poder y la educación en las provincias argentinas*, Buenos Aires: Granica-UDESA.

SABATINI, Francisco (1999): "Tendencias de la segregación residencial urbana en Latinoamérica: Reflexiones a partir del caso de Santiago de Chile". Documentos del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (29). Serie Azul. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.

----- (2003): “La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina”. Documentos del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (35). Serie Azul. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.

SABATINI, Francisco; CÁCERES, Gonzalo y CERDA, Jorge (2001): “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las últimas tres décadas y posibles cursos de acción”, En *EURE, Revista de Estudios Urbanos y Regionales* 27 (82), 21-42. Santiago de Chile.

SCHTEINGART, Marta (2002): “La división social del espacio en las ciudades”, En *Revista Perfiles Latinoamericanos* (19), 13-31. México: FLACSO.

STEINBERG, Cora; Oscar CETRÁNGOLO y Francisco GATTO (2011): “Desigualdades territoriales en la Argentina. Insumos para el planeamiento estratégico del sector educativo”, Documentos de CEPAL-UPEA. Disponible en: <http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/8/43168/P43168.xml&xsl=/argentina/tpl/p9f.xsl&base=/argentina/tpl/top-bottom.xsl>, consultado en marzo 2011.

SVAMPA, Maristella (2001): *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires: Editorial Biblos.

TAEUBER, Karl y TAEUBER, Alma (1965): *Negroes in Cities*. Chicago: Aldine.

TICKAMYER, Ann (2000): “Space Matters! Spatial inequality in Future Sociology”, en *Contemporary Sociology* 29 (6), 805-813,

TILLY, Charles (1999): “Durable Inequality”, en Moen, Phyllis, Dempster-McClain, Donna y Walker, Henry (Eds.), *A nation divided: diversity, inequality, and community in American society*. New York: Cornell University Press.

VALLADARES, Licia (1998); “The Favela Revisited: The Poor from Community to Violence”. Ponencia presentada en el XIV International Sociological Association Meetings, Montreal.

VAPÑARSKY, César (1995); “Primacía y macrocefalia en la Argentina: la transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950”, en *Desarrollo Económico*, 35 (138), 227-254.

WACQUANT, Loic (2001); *Parias Urbano. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires: Manantial.

WINTER, Ian y Wendy STONE (1998); *Social Polarisation and Housing Careers: Exploring the interrelationship of labour and housing markets in Australia*. Melbourne: Australian Institute of Family Studies